

**Fabio Espósito, *La emergencia de la novela en Argentina. La prensa, los lectores y la ciudad (1880-1890)*
La Plata, Ediciones Al Margen, 2009, 214 páginas.¹**

“Estoy escribiendo una tesis sobre literatura mala”: la frase es de Fabio Espósito; me la dijo hace un par de años, cuando el libro que hoy presentamos se estaba gestando. Pensé en ese momento que una tesis sobre literatura mala constituye lo que solía llamarse un signo de los tiempos. Un signo de los caminos que recorre nuestra actividad en estos tiempos. Los marxistas, es sabido, tenían, como norte de sus reflexiones, el problema del valor estético. Al discutir encarnizadamente sobre cuál era la literatura que debían consagrar, discutían, en el mismo momento, sobre cuál era la literatura réproba, aquella que había que condenar por mala. Los estructuralistas abrieron el objeto e incluyeron en el campo de sus intereses la literatura en serie y las más variadas formas de la cultura de masas, desde la historieta a la publicidad. Y en ese desplazamiento soslayaron, visiblemente, el problema del valor. Pero el problema del valor estético regresó, y me animaría a decir que siempre regresará, obstinadamente.

Regresó a mediados de los noventa, cuando la Editorial Anagrama tradujo, casi en simultáneo, *The Western Canon*, de Harold Bloom, y *Les règles de l'art*, de Pierre Bourdieu. O bien el valor se explica por una tensión agónica entre los escritores del presente y sus antecesores; o bien se explica a partir de reglas de consagración que fija el campo literario y a las que sólo podemos acceder con el arsenal metodológico de la sociología. ¿Quién podría citar hoy, se pregunta George Steiner, las novelas de amor y horror que leía Emma Bovary? Late, en esa pregunta, algo así como una nueva teoría del *iceberg*, ya no aplicada a la estructura del cuento, como lo hizo con fortuna Ernest Hemingway, sino a los estudios literarios. Como si dijéramos que para que surja un Flaubert es necesaria esa masa de otros textos, que nadie recuerda, sepultada bajo el agua: la parte invisible del *iceberg*. Bloom y Bourdieu se ocupan de Flaubert, pero nunca coincidirán en las razones que llevaron a Flaubert a ser Flaubert.

Como es sabido, la obra del galés Raymond Williams (1921-1988) se inicia en 1958 con la publicación de *Culture and Society*, y se consolida, tres años después con *The Long Revolution*. Su interés se ha centrado en el concepto de cultura, en especial, desde el romanticismo hasta nuestros días; en Williams, la literatura se amplifica hacia la cultura, y aparece siempre asociada a procesos históricos que incluyen los movimientos sociales (la emergencia de la clase obrera en Inglaterra y la consolidación de una cultura propia), el discurso político y educativo, el surgimiento de la prensa moderna, y las transformaciones de la novela y el teatro. Williams procura diferenciar su teoría, por un lado, “de las teorías de las artes particulares, [...] y, por el otro, de las teorías propiamente sociales y sociológicas de órdenes e instituciones generales, que algunas teorías culturales se proponen reemplazar o circunscribir”. No se trata de estudiar una suerte de zona intermedia entre arte y sociedad, sino que “la teoría cultural alcanza su mayor importancia cuando se consagra justamente a las *relaciones* entre las numerosas y diversas actividades humanas que histórica y teóricamente se agruparon de esta manera” (R. Williams, *La política del modernismo*, pp. 201-202). Lo que acabo de decir acerca de Williams ustedes lo conocen muy bien, pero si leen el libro de Espósito van a entender por qué requiere, para su presentación, de este breve excursus. Tributario de la teoría williamsiana, el libro no se ocupa de una depreciada literatura de masas, ni tampoco de aquellos textos que el metafórico *iceberg* ha ocultado a la historia, sino de la emergencia de un género, de algo precario y aún no institucionalizado que brota con la fuerza de lo nuevo y del que ni siquiera sus propios autores son del todo conscientes. “Es acertado”, afirma el autor, “adjudicar las razones de la importancia inédita que cobra la novela en las dos últimas décadas del siglo XIX a algunas de las grandes transformaciones culturales que sacuden la sociedad argentina, entre las que se destacan la modernización de la prensa, el crecimiento de los centros urbanos, en particular la ciudad de Buenos Aires, y la expansión del público lector”. Esta tesis, que se encuentra en la introducción misma del libro, puede no resultar novedosa. Lo que resulta novedoso, diría que radicalmente original, es el trabajo de demostración de esa tesis. Porque Espósito no sólo recorre con la agudeza de un lector excepcional su *corpus* de 14 novelas publicadas en la década que va de 1882 a 1892, sino que también lee lo que se decía en los diarios sobre esas novelas, las imágenes de escritor que esos comentarios ponían de manifiesto, los inicios en el arduo proceso de una profesionalización que los escritores de la élite aún no se planteaban. Y lee, además, en las novelas, los profundos cambios que se advertían en la ciudad, los hábitos de lectura de periódicos y libros, los avatares de una lengua en mutación y, por supuesto, las características iniciales del

¹ Presentación leída en el VII Congreso Internacional *Orbis Tertius*. La Plata, Pasaje Dardo Rocha, 19 de mayo de 2009.

género emergente. El trabajo atiende, a la vez, a una dimensión material y a otra simbólica. A la material porque explora, con documentación rigurosa, qué periódicos se editaban entonces, qué tirada aproximada tenían, a qué intereses partidarios o facciosos respondían y qué tipo de folletines estaban difundiendo; y explora, además, qué cambios estaba viviendo Buenos Aires a través de los desplazamientos sobre un mapa en el que las diferentes clases sociales iban trazando sus elecciones. Pero también, decíamos, atiende a la dimensión simbólica, porque esos mismos periódicos y aquella ciudad que se transformaba aceleradamente son motivo de representación en la novelas del *corpus*. Ese doble camino: de la dimensión material a la simbólica, y de la simbólica a la material, es el que mejor pone de relieve la matriz williamsiana en el análisis de las “relaciones” entre una y otra.

No reseñaré puntualmente, porque el tiempo es escaso, los capítulos del libro. Me voy a detener en algunos núcleos de interés.

En primer lugar, la relación de algunos periódicos con facciones políticas y, desde allí, con la difusión de ciertos géneros. Así, *La Patria Argentina* difunde el folletín nacional criollista y *El Diario* el folletín extranjero que introduce el naturalismo de Zola y Daudet. Pero el minucioso estudio de los folletines del *Sud América* pone de manifiesto un aspecto poco estudiado y en el que la tesis de Espósito introduce una cuña de originalidad más o menos contenciosa: la fuerte presencia, poco advertida por la crítica, de la tradición del costumbrismo español, del folletín nacional culto realista-costumbrista en los textos de Lucio V. López, Paul Groussac o García Mérou. La tesis afirma, en este sentido, que el interés de la crítica por la importación de los principios de la escuela naturalista y por la irrupción de las novedades de la prosa modernista han opacado la presencia dominante de un género que ha dejado sus huellas en los *formatos* del ochenta: el artículo de costumbres, las *causeries*, las memorias, la prosa satírica.

En segundo lugar, la tesis fija una posición de interés respecto de la relación entre prensa periódica, emergencia de la novela y profesionalización del escritor. No se advierten, en el metódico rastreo de las fuentes de la época, imágenes de escritor en las que esté presente o bien la conciencia del novelista profesional o bien cualquier forma de expectativa de vida con relación al trabajo de escritura de ficción. Esa conciencia se agudiza, se puede agudizar, cuando la prensa independiente vaya suplantando a la prensa facciosa. De manera que emergencia de la novela y profesionalización del escritor no son procesos coetáneos, como se ha dicho muchas veces, sino sucesivos.

En tercer lugar, no pueden entenderse numerosos fenómenos asociados a la emergencia de la novela y su relación con un nuevo público si no se piensa a la prensa como mediadora entre una y otro. No sólo porque las novelas aparecían en la prensa, y en alguna prensa, sino porque eran esos periódicos los que modelaban, como espacio de intercambio político y estético, sus formas de circulación y de recepción. Las reseñas críticas en oportunidad de la aparición de una novela, que la tesis lee como espacio privilegiado de esa mediación, son parte de esa modelación: el diario publica un folletín, pero además dice cómo leerlo, lo publicita en sus páginas y brinda un espacio para que la elite culta polemice sobre la novela, sobre sus alcances y peligros morales, y otros temas conexos que empezaban a trazar una zona contenciosa como trasfondo de esa emergencia.

En cuarto lugar, el capítulo sobre la ciudad en las novelas es uno de los más lúcidos y novedosos, y en el que se advierte con claridad la impronta williamsiana y aun marcas de los trabajos del italiano Franco Moretti. Me interesó particularmente la hipótesis que se sostiene al respecto: que la novela ordena imaginariamente un mapa de la ciudad que era en verdad caótico. Existe un ordenamiento progresivo: al sur de la Plaza de Mayo, el mundo patriarcal, criollo, patricio, tradicional; hacia el norte, el creciente cosmopolitismo de la fincas de los nuevos ricos. Si de lo que se trata es de recorrer ese mapa, los personajes ideales ya habían sido explorados con éxito por los novelistas europeos: el *parvenu* o advenedizo (el Genaro de Cambaceres como un Rastignac menor), o el *flâneur* observador y crítico *amateur* que se desplaza por una ciudad en permanente transformación edilicia y social.

En quinto lugar, los lectores, las lecturas y las escenas de lectura que se representan en las novelas. Por un lado, las lecturas van seleccionando tradiciones con el fin, todavía en ciernes, de constituir una literatura nacional; por otro, son el instrumento clave para la formación de dirigentes, como puede verse en *Juvenilia*. Pero también la lectura puede ser un instrumento de disgregación social o, al menos, una causa del desorden psicológico; de ahí las frecuentes condenas a los excesos de todo tipo que se leían en las novelas naturalistas. Más allá de la degradación moral o el escándalo sexual, lo que resultaba menos admisible era una intromisión en los asuntos de la vida privada de la elite. Como en el mapa ciudadano, también las lecturas permiten identificar circuitos diferenciados. Las lecturas “intensivas” religiosas, morales, en voz alta versus las lecturas “extensivas” de los folletines y las novelas de aventuras; libros “útiles” para la formación moral y política versus la lectura “emocional” de los lectores advenedizos; las lecturas de los varones, que prefieren los diarios y revistas, versus una lectura de

novelas para un público feminizado. Como se ve, tanto en el mapa de la ciudad como en el otro mapa, el de las lecturas, se advierten perspectivas que resultarán centrales en las crónicas urbanas modernas de Roberto Arlt y en las recurrentes obsesiones del primer Borges. Sin embargo, lo que la tesis hace notar es que algunas de esas intervenciones fuertes que se abren a los debates del siglo XX, pueden encontrar en aquellos textos, acaso de un modo tentativo y precario, su vacilante y contradictoria génesis.

Alguna vez José Amícola afirmó que también los boleros dicen grandes verdades; esa frase parece justificar una tesis sobre novelas malas. Para eso es necesario el agudo ojo lector del crítico y del historiador de la cultura, como lo hizo, en su momento, Beatriz Sarlo con los folletos que circulaban en los veinte. Quizás el gran mérito del libro que presentamos es que es el libro de un gran lector, de alguien que sabe leer lo que está e interpretar lo que no está, los que los textos callan u omiten. Que sabe encontrar, en las entrelíneas de novelas de dudosa calidad, las claves de una época, las tramas de una nueva sociabilidad, las mutaciones de una ciudad que se expande, los hábitos que definen los intereses de una clase; en suma, la economía de una cultura.

José Luis de Diego